



Morir en Madrid

TENIA diecinueve años y dejó su vida en una calle de Madrid, en la mañana del domingo pasado. Fue abatido por un pistolero de Cristo Rey, por uno de esos asesinos sueltos que así predicán su "cristianismo": a tiros.

Conocidos nos son, por transparentes, los designios de estos "predicadores". Asunto más oscuro es saber bajo la bendición de quién actúan, saber cómo pueden operar en la más total impunidad.

A orillas del charco de sangre dejado el domingo, en la calle de la Estrella, por Arturo Ruiz García, un policía de la Brigada Antidisturbios decía a otros: "Y encima nos echarán la culpa a nosotros". ¿A quién o a qué acusaba ese policía? "Díganlo, digan quién la tiene", le dijo uno de los testigos presenciales del asesinato.

Testigos presecales: Rosario Arcas Díaz, Jacinto Roldán García, Javier Alajarín Ferrándiz, Alfredo García Moreno, Manuel Calero, Helios Salas y Gerardo Novales, entre otros.

Es Gerardo Novales, ingeniero y miembro del Comité Provincial de Madrid del PCE, que recogió los casquillos de las balas, quien nos relata el suceso:

—Éramos un grupo de unas cuarenta o cincuenta personas las que nos hallábamos en la embocadura de las calles de Silva y de la Estrella. Habíamos confluído allí tras haber sido dispersados violentísimamente por los guardias en la Gran Vía. De repente, aparecieron corriendo dos o tres personas, que gritaban: "¡Cuidado! ¡Que vienen los guerrilleros!". "Sí, somos guerrilleros de Cristo Rey, ¿qué pasa?", dijo un individuo corpulento, muy moreno, de unos treinta años y de aproximadamente 1,72 de estatura, que vestía una chaqueta a

cuadros, sin solapas. Llevaba una manopla de hierro en la mano derecha. Alguien gritó: "¡Cuidado! ¡Lleva pistola!". El individuo hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo. En ese momento se oyó un disparo efectuado en la calle de Silva, entre las de la Estrella y de la Luna, cerca de un aparcamiento de coches. Al oír el disparo, el individuo retrocedió unos tres o cuatro metros, aproximándose al que lo había efectuado, un tipo delgado, de unos cincuenta años, de mediana estatura, al que le pidió la pistola con que había disparado. El joven cogió la pistola con la mano izquierda, se quitó la manopla de hierro de la derecha y vino hacia la calle de la Estrella. Se paró, abrió las piernas, apuntó cuidadosamente y disparó. Yo no vi caer al herido, sólo le vi unos segundos después. Echaba sangre por la boca y su cara parecía de cera. Estaba tumbado en la acera. El tiro parecía haberle entrado por la espalda, a la altura del corazón. Lo metimos en un coche que salía en ese momento del aparcamiento y los que nos quedamos allí empezamos a identificarlos como testigos.

Los asesinos habían huido inmediatamente y algunos que salieron en su persecución encontraron el obstáculo y los porrazos de los guardias. Los asesinos tuvieron, al parecer, mejor suerte.

—La Policía —continúa diciéndonos Gerardo Novales— se presentó muy tardíamente. Se quedaron pasmados al enterarse, y nos vieron tan exaltados, que renunciaron a aporrearlos. Yo le dije a uno que tenía los casquillos de las balas y me los pidió. Yo me negué, diciéndole que sólo se los entregaré al juez. Hube de salir corriendo para evitar que me los quitara. Ahora están en poder del juez.

Los guerrilleros volvieron a campar por sus fueros el domingo en Madrid. En unos cuarenta se estima el número de los que componían el grupo del que formaba parte el asesino de Arturo Ruiz García.

En las proximidades de Radio Madrid se vio a otro guerrillero disparar su pistola. Testigo de ello fue el cantante Teddy Bautista, del grupo de Los Canarios, y por serlo recibió una tremenda paliza de los guerrilleros.

Entre diez y quince mil personas evalúan las organizaciones de la oposición democrática el número de participantes en la manifestación del domingo en Madrid, que en ningún momento pudieron con-

centrarse en un bloque compacto ante el extraordinario despliegue de fuerza hecho por la Policía, que llegó incluso a sacar los caballos por el centro de la capital.

Interminable sería el relato de las escenas de violencia de que los madrileños pudimos ser testigos el domingo. De una violencia inútil, gratuita, pues, como han dicho todas las organizaciones de la Comisión Pro Amnistía, la manifestación hubiera discurrido por cauces pacíficos de haber sido autorizada. De ahí que los comunicados hechos públicos por los partidos y las centrales sindicales invoquen la responsabilidad del gobernador civil y muchos exijan su dimisión.

Pero la violencia no acabó con la manifestación de la mañana. La noticia de la muerte de Arturo Ruiz García corrió como un reguero de pólvora a primeras horas de la tarde, de un extremo a otro de la capital. Numerosas manifestaciones se desarrollaron por la tarde en varios barrios de la ciudad, y en uno de ellos, en Vallecas, una mujer resultó herida de bala. La trayectoria de la bala, que le entró por el glúteo y le salió por un pulmón, parece indicar que debía hallarse en un balcón presenciando la manifestación. Uno de esos tiros al aire que, como ya sabemos, suelen resultar infalibles.

La tensión en Madrid en la mañana del lunes era enorme, con desarrollo de nuevas manifestaciones callejeras. Una tensión agravada y crispada por la noticia del secuestro del teniente general Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. La coincidencia, o por mejor decir, la secuencia en el tiempo de ambos sucesos es reveladora de los propósitos que animan a los que están urdiendo esta escalada de violencia. ■ M. S.

El secuestro del general Villaescusa

La escalada de la violencia

ERA lógico que el propósito del Gobierno tropezara con las dificultades que todos los días van surgiendo en la calle", decía Martín Villa, el responsable del cada día más alterado orden público, a los nuevos gobernadores civiles horas después de que dos dramáticos hechos se sucedieran en las calles de Madrid: el asesinato de Arturo Ruiz García y el secuestro del presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, Emilio Villaescusa Quilis. Y

Martín Villa, con un tono más melancólico que nunca añadía: "Y era lógico, porque estábamos intentando, lo estamos intentando, no caeremos en el intento, una especie de milagro político".

A las 9,45 de la mañana del lunes, según la nota oficial de la Jefatura Superior de Policía de Madrid —única fuente fidedigna de que se dispone hasta el momento—, el teniente general Villaescusa era empujado hacia su propio ve-